LAS AVENTURAS DE DIEGO GALAN

La crítica se ha ocupado muy poco de los libros de viajes o aventuras autobiográficas escritos en el Siglo de Oro.[1] Sin embargo esta es una de las áreas que, de explorarse debidamente, puede ofrecer resultados muy interesantes con respecto a la historia de la novela como género. Acostumbrados como estamos a la clasificación de las obras narrativas que adoptan los manuales, la tendencia natural es dividir la narrativa de esta época en compartimientos recíprocamente aislados: la picaresca, la novela cortesana, la cervantina, etc. Además, debido a la excepcional calidad del material, se enfocan los estudios sobre las grandes obras, y la consecuencia es que se descuidan los escritores secundarios. Lo cierto es que en el Siglo de Oro los que escriben sobre hechos primordialmente reales adoptan técnicas narrativas cuyos parámetros están ya sancionados por la práctica de autores reconocidos, pero a su vez éstos, en busca de verosimilitud, incorporan te-

---

[1] Una excepción es la edición de Henry Ettinghausen de los *Comentarios del Desengañado de sí mismo* de Diego Duque de Estrada (Madrid: Castalia, 1982). En la Introducción crítica el editor plantea, con relación al Duque de Estrada, algunos de los problemas que observamos en el presente trabajo.

mas o fórmulas narrativas propias de la presentación de hechos reales, como la autobiografía o los documentos de viajes o aventuras. La interrelación de lo histórico y lo imaginario es aún más notable en una época en que las formulaciones genéricas son todavía inciertas, y los conocimientos científicos son inseguros. Por eso parece útil volver a considerar autores menos conocidos en busca no sólo de valores literarios sino también de las ideas directrices que coexisten y actúan de modo subterráneo con la creación de las obras literarias.

La consideración de uno de estos documentos autobiográficos de viajes y aventuras puede guiarnos en la empresa. Nos referimos a la *Relación del cautiverio y trabajos de Diego Galán,* publicada por Manuel Serrano y Sanz en 1913,[2] precedida por un largo estudio sobre el cautiverio en el Siglo de Oro en el cual sin embargo este erudito investigador no se ocupa en particular de las características literarias del texto que va a presentar por primera vez. Mayor interés demostró recientemente George Camamis, que también relaciona la historia de Galán con los *Diálogos de la captividad* de Diego de Haedo.[3]

Nos interesa observar esta obra en cuanto a su valor literario específico dentro de su contexto ya que nos encontramos frente a una hibridización de autobiografía, historia, libro de viajes y relación de aventuras —vagamente similares a los de una novela bizantina— en la cual hay una clara influencia de la novela picaresca, especialmente el *Guzmán de Alfarache.* A estos aspectos se dedicarán las páginas siguientes.

---

[2] *Cautiverio y Trabajos de Diego Galán, natural de Consuegra y vecino de Toledo* (Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1913). Las citas, con indicación del número de página, se harán según esta edición.

[3] George Camamis, *Estudios sobre la cautividad en el Siglo de Oro* (Madrid: Gredos, 1977), cap. VIII.

DIEGO GALÁN Y SU HISTORIA

No sabemos nada de este individuo excepto lo que él mismo dice en su narración que nos ha llegado en un manuscrito aparentemente no autógrafo.[4] De sus palabras se desprende que nació en Consuegra, probablemente alrededor de 1575. Sus padres fueron Diego Galán y Catalina de Escobar (dato que sólo aparece al final de la narración) y no debieron ser pobres a juzgar por lo que se puede deducir de la historia.[5] En 1589, a los catorce años, decide salir de su hogar «a ver mundo» porque «para valer era necesario salir de mi patria» (4) y como tantos otros muchachos se lanza en busca de aventuras que no se hacen esperar. Seducido por las promesas de un soldado, sienta plaza en el ejército y se embarca rumbo a Orán en un navío que es inmediatamente capturado por los corsarios turcos. Comienza así el período de la esclavitud. Desde ese momento en adelante, la vida de Castro trascurre entre las miserias del cautiverio y el placer de los descubrimientos que le proporciona su situación: los continuos viajes como galeote durante la buena estación, o su ocupación como sirviente durante la residencia invernal en casa de sus varios amos, particularmente en Constantinopla, le permiten ver y observar un mundo para él totalmente nuevo y fascinante. Las guerras entre los turcos y los príncipes de lo que hoy serían Rumania y Hungría le hacen conocer el centro de Europa y sus costumbres, y las campañas de su amo en el Mediterráneo lo familiarizan con sus múltiples islas dominadas

---

[4] Así lo afirma Manuel Serrano y Sanz en una nota de la Introducción antes citada (XCIII). No hemos podido consultar el manuscrito, que luego de una permanencia en la Biblioteca Nacional de Madrid ha sido devuelto a la Biblioteca Provincial de Toledo donde se encuentra actualmente.

[5] Cuando el protagonista narrador regresa a su casa sin que nadie lo espere luego del cautiverio, los dos viejos están sentados a la mesa esperando que *otros* les sirvan de comer, es decir, hay servidumbre; poco después es el padre quien le da dinero para que vaya a Toledo a comprarse ropa ya que él no tiene.

por diferentes culturas. Por fin, luego de diez años de servidumbre, irritado por el injustificado mal trato de su amo, reúne el valor necesario para escapar, y aprovechando una circunstancia favorable logra hacerlo en las cercanías de Atenas. Desde ese momento en adelante, corriendo una serie de aventuras que se prolongan por más de un año, Galán trata de acercarse a un puerto cristiano desde donde embarcarse para volver a España. Logra llegar, aparentemente alrededor de 1600, para abrazar a sus padres ya ancianos, después de lo cual sólo indica que se casó con una viuda con la cual vive muy contento en el momento de escribir.

Aunque la historia concluye con los hechos del año 1600, la obra debió escribirse mucho después, durante el reinado de Felipe IV (es decir, entre 1621 y 1665) ya que a él se refiere Galán repetidas veces. La distancia temporal entre los acontecimientos y su narración escrita explicaría también algunos errores cronológicos cometidos por el autor, uno de ellos bastante curioso que Serrano y Sanz ya señaló.[6] Sea cual fuere la causa de este error, el cotejo de los datos cronológicos o los hechos históricos que aporta con las correspondientes fuentes históricas modernas revela que sus informaciones son, en su gran mayoría, fidedignas.

---

[6] En efecto Galán afirma repetidamente haber huido a principios de agosto de 1599 (264) y de haber partido de Trápani para Valencia el 7 de junio de 1600 (423), luego de más de un año de peregrinación. Sin embargo, en el momento de llegar a Valencia, indica que no lo dejaron entrar porque allí estaba el Rey Felipe III celebrando sus bodas con Margarita de Austria. El problema está en que este acontecimiento se produjo el 18 de abril de 1599, de manera que toda la secuencia temporal de su regreso a España parece minada por un error bastante notable. Esto podría deberse a la mala memoria, pero también es posible que la diferencia entre el calendario musulmán al que está sujeto durante su esclavitud le hubiera confundido cuando comienza a narrar hechos que transcurren en las áreas europeas donde vige el calendario gregoriano. Tampoco puede descartarse la posibilidad de que para dar mayor dramatismo a su narración, Galán hubiera decidido hacer coincidir su llegada a la tierra natal con un hecho histórico de gran trascendencia como el matrimonio real.

DIEGO GALÁN COMO ESCRITOR

Es importante observar ante todo que no nos encontramos frente a un documento privado. Aunque por alguna razón la obra no se pudo publicar durante la vida del autor, Diego Galán ha escrito un texto destinado al consumo público, como lo revela el párrafo inicial:

> Pocos días después de haber descansado en mi patria de los trabajos del cautiverio, me persuadieron algunos amigos á quienes conté algunas cosas de Turquia, que compusiera un libro, y hallándome corto de ingenio para empeño igual, por haber consumido el tiempo de mi juventud en poder de infieles de diferentes lenguas y costumbres, no me atrevi a escribir cosa que saliese á luz; pero tornándome a importunar, diciendo que por cosa nueva y rara se supliria la tosquedad de la pluma, me determiné dar á la estampa algo de lo que pude apercibir, y encomendar a la memoria en las jornadas que hice por mar y tierra...» (3).

La obra incluye además las marcas editoriales de un trabajo listo para la impresión esto es, netas divisiones en dos partes principales: el Libro Primero, y el Libro Segundo, compuestos de 37 y 31 capítulos respectivamente, cuyos epígrafes anticipan el contenido. La primera parte está destinada a narrar el cautiverio; la segunda se dedica a la huída y retorno a la patria.

Si esto se observa en la organización del material, es también evidente en el contenido mismo de la historia una marcada voluntad literaria. No hay duda de que el deseo del autor es narrar sus aventuras, pero para hacer más variado o atractivo el contenido, agrega episodios secundarios, en su mayoría históricos, anecdóticos o descriptivos, relacionados más o menos estrechamente con la trama principal. Sin embargo, por lo menos en un caso, el de la historia de Pablo[7] un com-

---

[7] El personaje aparece por primera vez en el Capítulo IX del Segundo Libro, pero narra su vida pasada en los capítulos XII y XIV, dedicados exclusivamente al tema. La conclusión de sus vicisitudes se combina con la historia de Galán en el capítulo XVI. Por su exten-

pañero de viaje —cuyas aventuras de amor y de fortuna, narradas por él mismo, parecen apropiadas para una novela bizantina— se permite intercalar un extenso episodio cuya historicidad suscita dudas y que parece añadido sólo para satisfacer los gustos del lector implícito acostumbrado a encontrar similares interpolaciones en la ficción del momento.

Como ya hemos adelantado, el trabajo de Galán tiene muchos antecedentes que presuponen una cantidad de lecturas. Su educación formal no pudo ser muy extensa ya que huyó del hogar apenas adolescente, pero entre su regreso, cuando debía contar unos veinticinco años, y el comienzo de la escritura, al menos dos décadas más tarde, es evidente que Galán leyó extensamente ya que demuestra conocer bien estilos y géneros literarios de la época.

Ante todo Galán debió conocer las narraciones históricas, particularmente importantes para su propósito, porque menciona al Padre Mariana (p. 328) y su *Historia General de España,* aunque se equivoca en la referencia: dice haber encontrado los datos a que se refiere en la historia de Felipe III cuando Mariana los incluye en la de Felipe II lo cual hace pensar que cita de memoria.[8] Muestra también conocer la obra de Gil González Dávila, «cronista de Su Majestad el rey Felipe IV» (65) y la de Florián de Ocampo (45).[9] Camamis se-

---

sión, trama, estilo y método de inserción en el resto de la historia, el episodio recuerda las narraciones interpoladas que imparten variedad a la trama central del *Quijote* o del *Guzmán.* En el caso del episodio de Pablo que comentamos, el estilo es por lo general mucho más elaborado y elegante que el utilizado para la narración de los hechos del mismo autor. Nada impediría a éste la reelaboración literaria de una historia real, embellecida por detalles y añadidos que muestran su fuerte conciencia artística enraizada en intertextos literarios que conoce muy bien.

[8] Ver Padre Juan de Mariana, *Historia General de España,* Tomo XVI (Madrid: Núñez de Vargas, 1820), p. 117.

[9] Gil González Dávila (1578-1658) escribió una serie de obras de carácter histórico-cultural entre otras la *Historia de las antigüedades de la ciudad de Salamanca* (Salamanca, 1606), *Teatro eclesiástico de las ciudades e iglesias cathedrales de España* (Salamanca, 1618), biogra-

ñaló con razón,[10] que aunque Galán no mencione *Los diálogos de la captividad* de Diego de Haedo parece imposible que le fueran desconocidos, no sólo porque parte de la información que aporta añade datos menudos muy semejantes a los provistos por esa narración (por ejemplo datos sobre la ciudad de Argel, las costumbres de los moros, su modo de guerrear, la campaña de Xaban Bajá contra Labesi, etc.) sino porque conoció a los dos autores con los que tuvo relaciones de amistad bastante estrecha.[11] La historiografía de su época parece por lo tanto uno de los modelos mentales seguidos por Galán. En ella encuentra confirmación para los acontecimientos que él no presenció y más datos para aquellos de los cuales fue participante, en especial por lo que se refiere a las intervenciones hispanas en el Mediterráneo. Podría haberle sugerido la organización cronológica del material y el estilo sencillo y directo que él utiliza en gran parte de la narración, sin contar con que la exactitud de las informaciones que provee es un instrumento invaluable para lograr la verosimilitud de toda su relación. Pero sobre todo, el discurso histórico de sus fuentes le permite establecer un sistema ideológico desde el cual

---

fías, como *Vida y hechos de don Alonso Tostado de Madrigal, obispo de Avila* (Salamanca, 1611) y dejó inédita una *Historia de Felipe III* que se publicó más tarde como volumen III del tratado de Pedro Salazar Mendoza *Monarquía española* (Madrid, 1771).

Florián de Ocampo (1499?-1555?) fue cronista del Emperador Carlos V, y comenzó a escribir una monumental *Crónica General de España,* que no llegó a concluir. Sobre este autor puede verse: Alfred Morel-Fatio, *Historiographie de Charles-Quint* (Paris: Champion, 1913), 79-90; René Costes lo reseñó en el *Bulletin Hispanique,* XV (1913), 350-362; también puede consultarse: Georges Cirot «Florian de Ocampo, chroniste de Charles-Quint», *Bulletin Hispanique,* XVI (1914), 307-336.

[10] Ver páginas 214 y 215 de su obra antes citada.

[11] Don Diego de Haedo era arzobispo de Palermo donde acogió benévolamente a Galán cuando éste llegó a la ciudad de Sicilia; el sobrino del arzobispo, que llevó el mismo nombre y publicó la obra en 1612, fue amigo y protector de Galán en el viaje de regreso a su tierra. Sin embargo, no podría descartarse la circunstancia inversa, esto es, que parte de los datos aportados por Haedo le fueran proporcionados por Galán, quien afirma haber contado su historia al Arzobispo.

ha de juzgar las estructuras sociales con las que entra en contacto. Como observa Michel de Certeau, la historia nace de una posición mental en la cual el narrador se instaura como diferente, desde una identidad social distinta de la que observa y presenta.[12]

Sin embargo, el influjo de las obras históricas no es el único ni el más importante: la presencia del *Guzmán de Alfarache* es evidente en el texto de Galán, aunque éste nunca lo mencione. Esto es perceptible no sólo en la fórmula de la narración en primera persona de las aventuras de un adolescente, sino también en la tendencia a añadir moralizaciones, además de la interpolación de episodios secundarios, algunos novelescos como hemos visto en el caso de la historia de Pablo. Mucho más importante aún es que en varios casos, en especial al comienzo de la historia, Galán llega al plagio. Por ejemplo, al indicar que muchos de sus trabajos fueron el resultado de sus propios errores, escribe:

> ...mas no eran éstos [trabajos] de los que Dios envía sino de los que yo me buscaba; hay gran diferencia entre unos y otros porque los venidos de la mano de Dios son minas de oro finísimo que con trabajo pequeño se pueden descubrir y hallar; mas los que los hombres nos tomamos por sólo nuestra voluntad, son píldoras doradas que engañando á la vista con apariencia falsa de sabroso gusto, dejan el cuerpo descompuesto y desbaratado; son verdes prados llenos de ponzoñosas víboras; son piedras al parecer de mucha estima, y debajo están llenas de alacranes; muerte eterna que engaña con breve vida (12).

Basta comparar con otro párafo del *Guzmán* sobre el mismo tema para comprobar la fuente:

> La diferencia que hay de unos a otros es que los venidos de la mano de Dios El sabe sacarme de ellos, y son los tales minas de oro finísimo, joyas preciosísimas cubiertas con una ligera capa de tierra, que con poco trabajo se pueden descubrir y hallar. Mas los que los hombres toman por sus vicios

[12] Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire* (Paris, Gallimard, 1975), 59-62.

> y deleites son píldoras doradas que, engañando la vista con apariencia falsa de sabroso gusto, dejan el cuerpo descompuesto y desbaratado. Son verdes prados llenos de ponzoñosas víboras; piedras al parecer de mucha estima, y debajo están llenas de alacranes, eterna muerte que con breve vida engaña.[13]

No es éste el único caso: varias frases o ejemplos, sobre todo en los primeros capítulos señalan una decidida interferencia de la gran novela picaresca en la estrategia narrativa de Galán.[14]

Notamos también que Galán se complace en introducir reflexiones de índole moral, breves en la mayoría de los ca-

---

[13] Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, en *La novela picaresca española*, ed. Francisco Rico (Barcelona: Planeta, 1967), 149. Las demás citas del *Guzmán* harán según esta edición con indicación del número de página.

[14] Obsérvense por ejemplo las frases siguientes:

«...a mí, como nuevo en tal profesión, y como sustentado con miel rosada y huevos frescos, más regalado que hijo de viuda rica...» (Galán, 7) junto con el comienzo del Capítulo III de la Primera Parte del *Guzmán:* «Era yo muchacho vicioso y regalado, criado en Sevilla sin castigo de padre, la madre viuda como has oído—, cebado a torreznos, molletes, mantequillas y sopas de miel rosada, mirado y adornado, más que hijo de mercader de Toledo» (146).

Galán: «...que nunca dura más el bien, y siempre los males e infortunios vienen asidos unos de otros como cerezas» (8) y *Guzmán:* «Y sobre tantas desdichas —que cuando comienzan, vienen siempre muchas y enzarzadas unas de otras como cerezas—» (147).

Galán: «...entonces conocí cuánta diferencia hay entre el hambriento y harto, porque todas las aflicciones comiendo se mitigan; donde el sustento falta no sobran felicidad, gusto, ni contento; sin comer, todos riñen, sin conocer la causa; ninguno tiene culpa y á todos les parece ser culpados; todos trazan maquinando torres diamantinas en el viento...» (5) y el *Guzmán:* «Entonces eché de ver... la diferencia que hace del hambriento el harto. Los trabajos todos comiendo se pasan; donde la comida falta, no hay bien que llegue ni mal que no sobre, gusto que dure ni contento que asista: todos riñen sin saber por qué, ninguno tiene culpa, unos a otros la ponen, todos trazan y son quimeristas, todo es entonces gobierno y filosofía» (147).

Compárese también la historia del montañés que va al entierro de su mujer (Galán, 4) y la misma anécdota en el *Guzmán* (147-148).

sos, generalmente conectadas oportunamente con el acontecimiento de la propia trayectoria que se acaba de relatar, tal como ocurre en el *Guzmán*. Aparecen así reflexiones sobre la amistad verdadera y la amistad falsa insertas en la historia de Pablo (359-360), los daños que acarrea la mentira (405), repetidas alusiones a la importancia de la vestimenta que permite categorizar a los hombres de modo erróneo (349- 418) o la pobreza en general (329), los nefandos resultados de la envidia con numerosos ejemplos históricos y bíblicos (18-19). Pero con clara conciencia narrativa Galán nunca prolonga excesivamente estas disgresiones de manera que se mantiene incólume la unidad del hilo discursivo principal, cosa que no siempre puede decirse del *Guzmán de Alfarache*. Al llamar la atención sobre los aspectos morales de una determinada situación, Galán cumple con el precepto de edificar a sus lectores. Sus reflexiones aparecen como el producto de la experiencia de un hombre maduro, que ha visto mundo y que, como todo individuo de su época, se mueve dentro de un sistema de valores cuya validez ha visto ratificada a través de la experiencia personal. El *Guzmán* le ha señalado el camino para convertirla en literatura.

Esta presión de intertextos diversos sobre la narración se hace más notable cuando se observa la radical diferencia de estilos en párrafos secuenciales, como si el autor se sintiera obligado a variar de modelo estilístico según las circunstancias que ha de narrar. Cuando se trata de exponer sus aventuras personales o los hechos históricos, Galán utiliza una prosa sencilla, directa, casi oral, la forma básica del discurso histórico. Sin embargo, generalmente al reflexionar sobre un hecho o al establecer una referencia temporal, el estilo cambia de manera abrupta y nos encontramos con un párrafo cultista, repleto de referencias mitológicas, latinismos o expresiones casi gongorinas que marcan una decidida voluntad de aceptar y satisfacer exigencias de una moda literaria. Acto seguido, al volver a la narración de las propias aventuras, se reanuda la prosa directa y simple. Puede considerarse como ejemplo la conclusión del capítulo III de la Segunda

Parte, donde narra cómo luego de su huida llegó a un convento de monjes griegos que le permiten pasar la noche escondido en una cueva. Como siempre que se narran las propias aventuras, el estilo es sencillo, las acciones se indican de manera directa sin otra elaboración que una gastada imagen (la cama de flores). En cambio, el capítulo siguiente se inicia «in medias res», con un estilo totalmente distinto, en concordancia con la fórmula elegida en muchas circunstancias semejantes en la novela, a punto que recuerda los párrafos iniciales de algunos capítulos del *Guzmán de Alfarache* o del *Criticón,* sin contar con el comienzo del *Amante liberal* de Cervantes:

> «¿Adónde con tan presuroso paso encaminas el curso violento de mi desdicha, término fatal del rigor?, ¡oh suerte contraria!; ¿con qué priesa me amenazas, aparente castigo?; ¿con qué atormentáis el ánimo, que si no desea vivir es por estar á peligro de tantas dificultades en que estoy puesto, daño infelice, temeraria fatiga, duro tormento, todos juntos no temidos enemigos deste desdichado?; acercaos, acercaos y dadle fin al cuerpo que entre estos riscos, cavernosas grutas y solitarias peñas, espera como cordero manso el triste golpe de la parca ingrata para conmigo; ¡oh cielo!, qué poco te costaba abreviar el curso de tus volubles ejes, para que el tiempo consumiese días que no pasan sino entre aflicciones y desvelos; ¡oh planetas!, que vais esmaltando á trechos esos cerúleos velos que pisa el ingnífero Timbrio, ¿cómo infundís vida tan dilatada adonde asiste tan poco la alegría, á copos hermoseados de la naturaleza?; ¿cómo se creerá que adonde tanto gusto sobra se sufra el peso de los infortunios como por este infelice pasan?; mas ¡ay de mí, miserable!, que el cielo, planetas, campo y tiempo, todos á porfía pretenden darme la vida, para más sentimiento mío, dándome la muerte á pausas para más tormento deste infelice» (263).

Galán demuestra su habilidad organizando su párrafo sobre preguntas retóricas que se resuelven con un perfecto sistema diseminativo-colectivo. Acto seguido, se identifica al locutor:

> «Desta suerte me quejaba luego que desperté, que fué salido el sol, cuya luz entraba por las muchas aberturas de la cueva,

> con que vi todos los rincones que tenía, que me causaron tristeza, por parecerme más habitación de fieras, que de hombres, si bien lo que más me afligía era verme solo, y considerar el modo que había de tener para pasar adelante. Estando en estas consideraciones entró á verme el monje en compañía del padre abad...» (264).

No hay coherencia estilística entre el largo y retórico párrafo inicial y la sencillez con que acto seguido da cuenta de los acontecimientos producidos en la cueva al día siguiente de su llegada, a punto de que el lector se siente inclinado a pensar que el primer ejemplo podría ser un caso directo de plagio, sobre todo luego de comprobar que Galán toma en préstamo párrafos enteros de otras obras como arriba señalamos. Por otra parte, no hay que ser excesivamente severos, en especial tratándose de un escritor ocasional como Diego Galán ya que es bien sabida la importancia que en la época se concede a la imitación. Pero esto nos orienta para considerar la decidida inserción de esta autobiografía en la corriente estilística del culteranismo.

La diferencia de estilos parece marcar el límite entre lo que el autor inventa o reelabora literariamente, y la escueta narración de hechos reales. Por ejemplo: luego de su huída, vuelve a caer en manos de algunos turcos, que sospechan de él, lo interrogan y al obtener respuestas poco satisfactorias deciden llevárselo nuevamente cautivo. El interrogatorio, en diálogo directo, es sencillo y linear. Las preguntas y las respuestas son breves y concisas. Pero uno de los captores tiene un hermano cautivo de los cristianos y por lo tanto se mueve a piedad y razona con el otro de la siguiente manera:

> «¿Qué fama venimos a sacar de prender á este desdichado?; ¿qué gloria se sigue de perseguir al desvalido?; ¿qué nombre se alcanza de impedille los pasos a que su estrella ayuda? ea, dejémosle, porque si hacemos lo contrario, lo perdemos todo y libertándole conseguiremos fama, gloria, y nombre de piadosos y magnánimos; en fin tanto le dijo que le ablandó parando su fiereza en preguntarme si tenía dineros...» (284).

Es evidente que un individuo en esas circunstancias de ninguna manera se expresaría de manera tan retórica. Galán inventa las palabras del captor, que ciertamente no puede recordar luego de tantos años y que además suenan como las de un párrafo destinado a la imprenta, totalmente incongruente con la situación, los personajes y la prosaica conclusión, no sólo por su estilo sino por su contenido. Observamos de esta manera el perenne problema de la narración autobiográfica o incluso histórica: la necesidad de re-crear la realidad, jerarquizándola estéticamente a través del discurso narrativo. Estos vaivenes estilísticos significan que Galán se mueve entre códigos expresivos conocidos y ciertamente respetados, pero que no ha logrado integrarlos completamente.

En cambio su control sobre el material es particularmente notable: sabe lo que quiere contar, sabe sortear hábilmente el peligro de posibles digresiones, y limita sin dificultades los datos secundarios a lo esencial para caracterizar la situación o los personajes. Sobre todo, es evidente que el lector es para él una presencia continua, evocada de modo explícito, a cuyos intereses se pliega la voluntad del narrador. Este control cuidadoso se nota especialmente en la división del material en capítulos destinados a tratar ya sea la historia principal, ya sea elementos descriptivos o aclaratorios, conectándolos por medio de nexos recapituladores con específica mención de los propios planes comunicativos. Se establecen así conexiones retrospectivas y anticipatorias que mantienen la unidad de la narración la cual, para lograr su objeto, debe ocuparse de hechos muy diversos: la historia del autor-personaje, las descripciones de ambientes, hechos históricos, etc. cuyos hilos diversos deben reunirse en algún momento. Galán establece firmemente su dominio sobre la totalidad del texto al crear entre sus partes, capítulos o episodios una excelente red de referencias recíprocas que se completa con admoniciones dirigidas al lector para que note un detalle porque se ha de volver sobre él, o para que recuerde lo dicho en capítulos

anteriores. No es éste escaso mérito en un individuo aparentemente sin experiencia artística como el presente.[15]

En este nivel argumental, la unidad se refuerza también por medio de la oportuna manipulación de los personajes secundarios, algunos de los cuales se presentaron al comienzo del viaje del protagonista para reaparecer en los capítulos finales. Es imposible comprobar si estas anagnórisis se produjeron o no en la realidad: lo importante es que Galán sabe utilizarlas para dar dramatismo y unidad a su relación.[16] To-

---

[15] Es muy común encontrar al final de un capítulo frases como la siguiente: «...cuya relación dejo para el siguiente capítulo» (205), o: «...procurando animarme, de que tenía tanta necesidad como ahora por empezar el siguiente capítulo» (288).

De igual manera, se señalan retrospectivamente los capítulos donde un cierto hecho ha sido narrado: «...(como dije en el capítulo nono)...» (77) o: «Yo, como dije en el capítulo antecedente...» (97).

Las conexiones no se establecen solamente entre capítulos, sino que incluyen las dos partes del libro. El Libro Primero concluye así: «En este puerto puse en ejecución mi fuga, que todo fue milagro como se verá en el libro siguiente...» (240) y el Segundo comienza: «Ya que en el antecedente libro he dado noticias...» (241).

[16] Por ejemplo: Felipe —un muchacho con quien se encuentra apenas huido de la casa de sus padres, que como él se ha escapado para buscar fortuna— es presentado en el Cap. I (6) y reaparece en el Cap. XV del Libro Segundo: «Con esto, acabé de conocer que era mi primer amigo, el que referí en el primer capítulo de mi historia...» (346). El Gato (382), o Jorge Lista (223, 441) son, entre otros, buenos ejemplos de personajes cuya intervención contribuye a marcar el carácter circular de la historia. En otros casos, no se trata de la reaparición de un personaje, sino del cumplimiento de un hecho lo que permite observar la cerrada ligazón de la obra: en Argel Galán conoce a un sacerdote a quien encarga llevar a sus padres una carta, en la cual les dice que cuando menos lo esperen lo verán entrar por sus puertas (115-116); en el último capítulo la promesa se cumple cuando narra su regreso a Consuegra (445). Observamos que incluso una frase se utiliza para estos mismos fines unitarios: «...para valer era necesario salir de mi patria, la cual siempre es madrastra para sus hijos y madre para los extranjeros...» de la página 4 reaparece en uno de los últimos capítulos: «...amparo de mi casa y patria, la cual aunque es cierto ser madrastra con sus hijos, como asilo y madre para forasteros...» (433).

do esto imprime a la historia un definido carácter circular que repite en el texto la trayectoria del personaje.

Por otra parte, se nota continuamente una conciencia de la finalidad que Galán, como narrador, se ha impuesto y que ha declarado en las primeras líneas del libro antes citadas. Ya hemos notado la existencia de digresiones de índole variada, algunas muy necesarias para el entendimiento de un cuadro o una situación. Pero cuando el tema de éstas es moralizante, los nexos utilizados para volver al argumento principal señalan que el propósito de entretener al lector con la narración de las propias aventuras no ha sido olvidado. Por ejemplo: al hablar de la enemistad entre vecinos (en este caso los turcos y los habitantes de la Moldavia) observa:

> «¿Qué mayor causa para estar encontrados que ser vecinos?; muchas cosas se podrían decir sobre este punto, pero quiero pasarlas en silencio y encomendarlas á otro que las pondere, que mi intento no es más que contar brevemente mis sucesos, sin ocuparme de vidas ajenas» (150).

Luego de una disquisición sobre la injusticia de los poderosos que oprimen a los débiles el narrador observa: «¿Adónde voy con este discurso engolfado en piélagos undosos?; quiero dejarlo y volver a la historia» (169). O en otra oportunidad, luego del ya citado párrafo sobre los trabajos que Dios envía y los que el hombre se busca, afirma: «Mas volviendo á mi historia (no me calumnien que de relator me vuelvo predicador) digo que...» (12). Hay abundantes ejemplos de esta naturaleza, a través de los cuales se ve cómo Galán controla y selecciona cuidadosamente lo que debe incluir u omitir en su narración.

No hay duda alguna de que Diego Galán es un narrador consciente de su función. Su control sobre el material es cuidadoso, mantiene la unidad de su historia pese a la diversidad de detalles que debe aportar para presentar un cuadro tan amplio como el que se ha propuesto ofrecer al lector, y las aventuras o descripciones de ambientes y personajes mantienen el interés. En cuanto a los rasgos negativos notamos la

incapacidad de establecer una unidad estilística constante a través de todo el texto, que oscila entre la sencilla narración de la historia y las complejas formulaciones del culteranismo en un aparente intento de adaptarse a modelos literarios vigentes, de los cuales incluso copia literalmente párrafos enteros. Esto muestra sin embargo cuán grande es la presión del intertexto literario en la producción de un autor ocasional: para jerarquizar la historia de una vida se recurre a códigos comunicativos aprobados por la ficción o la poesía erudita.

El libro de viajes

Como ya observamos, el propósito de Galán al escribir es contar sus aventuras, y éstas a su vez confieren sentido a la propia trayectoria. Para él, lo importante es informar a sus lectores eventuales sobre países o costumbres desconocidos y por lo tanto el énfasis está en la presentación de circunstancias que en su momento él consideró curiosas o extraordinarias. Nos encontramos por lo tanto con un ejemplo más de la extensa serie de libros de viajes que se escribieron en una época en la que el hombre europeo en general, y el español en particular, se ven impulsados a salir de los linderos familiares del propio país. Desde las *Cartas* de Colón en adelante los españoles se lanzan a la aventura internacional, y al regreso la describen. Los libros de viaje como el de Castro utilizan un referente real y experimentado de modo directo mientras que a su vez la ficción de la época, nutrida de narraciones orales o escritas de hechos reales, manipula reiteradamente el tema del viaje, el naufragio, la descripción de países exóticos, de pueblos y costumbres que excitan la imaginación.[17] Basta recordar la presencia, claramente documentada en la novela cervantina y en el mismo *Guzmán de Alfarache,*

[17] El libro de Percy G. Adams, *Travel Literature and the Evolution of the Novel* (Lexington, Kentucky University Press, 1983) estudia precisamente el problema de la recíproca influencia de lo que hoy consideramos dos géneros netamente diferenciados.

de los panoramas urbanos, los personajes históricos, las descripciones de naufragios, gentes o costumbres exóticas.

Susan Sontag afirma que libros de viajes «...have always opposed an «us» to the «them». And this is a relation that yields only a limited number of appraisals... Modern travel literature starts when civilization becomes a critical as well as a self-evident notion, that is, when it is no longer so clear who is civilized and who is not».[18] Galán debe decidir primero que su experiencia personal merece ser narrada, y luego cuál es el material que ha de incluir. Esto enfrenta, conscientemente o no, el «yo» individual ante un «él» extraño, interesante u hostil, en una dialéctica en la que esta narración adquiere particular interés.

La idea de contar hechos extraordinarios debe haber surgido ya durante el cautiverio de Galán: uno de los amos al llegar al cabo San Jorge, lleva a sus esclavos a ver una gruta donde, según la leyenda, San Jorge mató al proverbial dragón:

> «...diciendo que nos había enseñado la cueva y declarado el misterio que encerraba, para que cuando nos viésemos libres de aquel penoso cautiverio (el cual tendría fin, aunque nos pareciese eterno) tuviésemos que contar alguna cosa curiosa en nuestra patria» (148).

Y no hay duda que Galán encuentra una gran cantidad de cosas interesantes que narrar: como veremos más adelante, es un hombre aguijado por la curiosidad a la cual se añade un gran sentido estético que suple la falta de cultura o instrucción formal. Aunque es obvio que no conoce el nombre o la importancia del Partenón en Atenas (128-130) o de las ruinas y estatuas que observa en los campos circundantes, es capaz de describirlo todo con atención al detalle y evidente admiración, que contrasta precisamente con el descuido o desprecio en que yacen entonces esas maravillas del arte clásico. Su interés es universal: nota los templos (ver la descripción de

---

18 «Model Destinations», *Times Literary Supplement,* June 22, 1984, p. 699-700.

Santa Sofía convertida en mezquita, 69-70) y las ciudades, por ejemplo Argel (37-40), Constantinopla (63-76), o los amenos jardines entre Palermo y Monreal (393). Pero el mundo humano es naturalmente el centro de su interés; así observa y presenta el fastuoso ceremonial de la corte de los sultanes de Constantinopla,[19] cuyas salidas por mar (99-101) o por tierra (103-107) organizadas con sentido teatral como cortejos de gran esplendor sabe describir muy bien, lo mismo que las honras fúnebres de Mourad III (133-136). No faltan los retratos de personas: particularmente cuidado es el del Gran Khan de Tartaria (170-171). Como es lógico, las costumbres exóticas llaman su atención de modo particular: son notables sus descripciones del baile de los derviches (136-137), los baños públicos (109-102) o el Ramadán de los musulmanes (77-81).

Algunos de los personajes identificados específicamente, es es, sultanes, corsarios, renegados, y los varios Bajás de Argel, son estrictamente históricos y las informaciones de Galán coinciden con los datos que proporcionan Haedo u otros textos modernos sobre los mismos hechos.[20] Aunque antes notamos la presencia de fuentes, vale la pena notar que gran parte de la información histórica que aporta sobre el mundo musulmán es la del observador directo que su situación misma le permite obtener, pero incluye, haciendo las debidas salvedades, los datos que otros testigos de los hechos le han transmitido oralmente. De ese modo la riqueza y el exotismo del contenido narrativo es tal que en múltiples oportunidades

---

[19] Estos cortejos ceremoniales debieron ejercer poderosa impresión entre los extranjeros. Vale la pena notar cómo trata el mismo tema Carlo Ranzo, un italiano que visitó Constantinopla aproximadamente en la misma época que Galán, incluida en *Viaggiatori del Seicento*, ed. Marziano Guglielminetti, Torino: UTET, 1967), p. 292-295.

[20] Ver Fray Diego de Haedo, *Topografía e Historia General de Argel*, 3 vols. (Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1927), en particular el *Epítome de los Reyes de Argel*, en el Vol. 1. Para cuanto se refiere a los sultanes de Constantinopla y sus hechos puede consultarse el libro de Alexander W. Hidden, *The Otoman Dynasty* (New York: Nicholas Hidden, 1912).

expresa el temor de no ser creído: al narrar su llegada a Candia decide no describir los edificios y monumentos principales

> «...por el temor con que escribo que se ha de poner, por ser tales, mucha duda en mi opinión, trabajo á que como yo lo estoy, se exponen todos los historiadores que describen cosas remotas y apartadas, que les parecen a algunos imposibles por no haber salido de las murallas de su patria, sin advertir que está en lo corto de su noticia lo admirable que formó Dios en otras partes, causa porque paso en silencio algunas maravillas por temor de censuradores que desde lo seguro de su casa atalayan la tierra y navegan el mar, sin considerar que va mucho de la pintura y imaginación a la experiencia de tanta diversidad de maravillas» (351).

Lo interesante en todo libro de viajes es observar en el narrador no sólo la capacidad de recoger datos, sino de evaluarlos y comprenderlos. El cautiverio arranca a Galán de su mundo habitual, para arrojarlo, como a tantos otros, a un medio cuyas estructuras son para él totalmente extrañas. Lo que salva a este individuo —y al mismo tiempo presta material a su historia— es su insaciable curiosidad, que le impele a buscar todas las ocasiones posibles para observar el ambiente y los hombres que le rodean, sean amigos o antagonistas. Al hacerlo, ese mundo cultural del enemigo se distancia, convirtiéndose en objeto de observación y estudio, a veces de admiración, pese a sentirse parte de otra cultura de cuya superioridad no duda nunca. Por lo tanto, cuando escribe sus memorias, Galán no insiste en los sufrimientos causados por su condición de esclavo, sino en las maravillas que pudo observar como tal. Esto no quiere decir que la tendencia a explicar las novedades que observa en tierras lejanas según los valores o las costumbres de la propia no persista.[21]

---

[21] Por ejemplo considera el Ramadán de los musulmanes como «su Cuaresma y Pascua» (77), los derviches son «locos» y aunque un cristiano le explica que se trata de «...santos varones que hacían penitencia por el alma del emperador que había muerto», él los califica de «...diablos, y que los demonios son sus hermanos...» (137).

Este sentido crítico tiende a evidenciarse, como es natural, al tratar de materia religiosa: Galán es profundamente católico, y lo es además en el mundo hostil del islamismo. Una manera de mantener incólume la propia identidad es precisamente aferrarse a la conciencia de la superioridad de uno de los valores más profundos del español de su época. Lo notable es que esté dispuesto a aceptar los aspectos positivos que ve en la religión de sus opresores. Por ejemplo, nota cómo se respeta a los alfaquíes y comenta:

> «...tanto estiman allá a sus sacerdotes, que no osan aun mirarlos con ira, cosa que yo alabo, pues entre aquellos bárbaros se tiene conocimiento de la reverencia que se debe á los sacerdotes, y aunque los suyos son falsos, con todo eso piensan ser aquella la verdadera vía para salvarse» (70).

Tampoco deja de percibir el aspecto humano del enemigo: nota por ejemplo que uno de sus amos «...verdaderamente, aunque infiel, era piadoso y nos trataba bien»; (148) o que otro ejercía sus funciones judiciales con tanta asiduidad que de él podían tomar ejemplo los magistrados cristianos, «...pues éste, falto de la luz evangélica, no faltaba un instante a sus obligaciones» (16). Al describir los baños públicos de Constantinopla, abiertos a todos sus habitantes incluso los esclavos, indica que en esos lugares las mujeres están separadas de los hombres. Si uno de éstos se hubiera atrevido a entrar mientras las mujeres se están bañando, hubiera sido instantáneamente castigado con la muerte, y comenta:

> Disposición y justicia que me agradó mucho, por ser tan ajustada á la razón natural, y no como en otras regiones del mundo, donde no se cuida ni remedia el ir al río o bañaderos revueltos hombres y mujeres, de que no se puede seguir virtud alguna, antes homicidios, infortunios, adulterios, penalidades, trabajos y tratos lascivos y deshonestos; pero quiero dejarlo, porque si se hubieran de decir los absurdos y pecados que resultan era menester un libro aparte, y no es mi intento detenerme en estos puntos que no tocan a mi estado y relación desta historia» (111).

El párrafo adquiere sentido cuando se recuerdan algunas poesías satíricas de Góngora o de Quevedo, en las cuales se critica precisamente costumbres españolas cuya existencia Galán deja entrever pero evita conscientemente criticar.[22] Sabe por lo tanto distanciarse lo suficiente como para observar lo bueno y lo malo del mundo propio y del hostil, ecuanimidad no muy corriente en su situación y en su época. En otra ocasión, mientras está en Argel, debe cuidar de la hija de un enemigo de su amo, una muchacha árabe «...muy hermosa, aunque morena» (35). Esta se asombra de que Galán, pese a su condición de cristiano sea tan blanco «...porque les parece a ellos que nosotros somos feos demonios y de mala ley...» (35). Observa de ese modo cómo los prejuicios no tienen fronteras, y aunque no siempre puede prescindir de los propios, hay que reconocer que su juicio es mucho más objetivo que el de muchos de sus contemporáneos.

Es también interesante notar cómo este individuo sin demasiada instrucción percibe intuitivamente algo sobre lo cual insistirá la crítica marxista de nuestros días: los aspectos económicos y las relaciones de dependencia basadas en ellos que existen entre los diversos grupos humanos con los que entra en contacto. Así, en lugar de enfocar el hambre que pasan los cautivos, que parecería el propósito del Capítulo XVI del Libro Primero, Galán observa cómo la explotación de los esclavos y su utilización para la producción de toda clase de bienes, incluyendo la costumbre de alquilarlos al estado como forma de pago de impuestos, termina por explicar la organización económica de los turcos, ya que «...los cautivos ganan

---

[22] La sátira de Góngora o Quevedo se nutre no sólo de costumbres específicas sino que se ejerce sobre fórmulas del lenguaje mismo, pero así y todo es notable observar cómo en múltiples ocasiones las poesías dedicadas a los ríos derivan hacia prácticas sexuales. Ver por ejemplo de Quevedo los poemas que comienzan: «Llorando está Manzanares» o «Manzanares, Manzanares» en F. de Quevedo, *Poesías Completas* (Barcelona: Planeta, 1963), p. 1.071 y 899. Por cuanto respecta a Góngora puede verse «Manzanares, Manzanares» en *Obras Completas,* Madrid: Aguilar, 1966), p. 78.

todo lo que ellos y sus amos comen y mucho más...» (97). Galán se muestra muy atento a las circunstancias socioeconómicas que rigen en el mundo de sus captores: menciona por ejemplo el papel de un grupo militar (los genizaros) en la estructura económica y política de Argel, donde para tenerlos ocupados y poderles pagar los salarios, los reyes se ven muchas veces obligados a llevar a cabo campañas militares (25-26). Al hablar de la campaña de Valaquia, dedica un entero capítulo (XXIII) a explicar cómo se sustenta el ejército turco y las consecuencias de su habilidad para organizar la provisión de alimentos.[23] Para Galán, el mundo no ha dejado de regirse por leyes religiosas, pero es obvio que los factores socioeconómicos que controlan la sociedad del «otro» le interesan y trata de comprenderlos. No queremos significar con esto que Galán tuviera ideas liberales: ya señalamos que muchas veces reitera su adhesión a las estructuras sociales que vigen en su tierra y se burla de las costumbres musulmanas en más de una ocasión. Pero pese a representar la visión de los oprimidos, su indudable lealtad a los propios valores no lo ciega para evaluar los ajenos y hay que reconocer que es mucho más objetivo e imparcial en sus apreciaciones del mundo musulmán que su contemporáneo y amigo Fray Diego de Haedo, para quien el poderío islámico es producto de una fuerza estrictamente demoníaca. Galán no contradice esta posición, pero la matiza tratando de explicar los fundamentos económicos o sociales del «otro». Al narrar sus aventuras, su texto se convierte en un instrumento de conciencia histórica ya que logra familiarizar al hombre de su tiempo con los aspectos del mundo mediterráneo que conoció y la narración se extiende así de la memoria de hechos personales a una inteligente evaluación de grupos humanos. Pese a su resentimien-

[23] Su conclusión es la siguiente: «En resolución, como cada diez hombres llevan bastimento para sí, se conserva un ejército numeroso á poca costa y con gran facilidad, causa principal por qué el Turco junta tan poderosas huestes y conquista tantas provincias, conservando lo que una vez gana, sin que fuerzas humanas sean bastantes a recuperar lo perdido» (145).

to contra los captores, Galán sabe mantener una posición equidistante y objetiva frente a una cultura que ha tratado de explicarse a sí mismo y a sus contemporáneos a través del texto escrito.

LA AUTOBIOGRCFÍA

Como antes adelantamos, en el comienzo de la edad moderna la narración del viaje fuerza al narrador, sea quien fuere, a plantearse el problema de la propia identidad al tratar de percibir, y naturalmente relatar, la ajena. En este tipo de discurso como señala Adams, existe en el narrador una «...increased willingness to reveal how the journey affected him or her»,[24] y por lo tanto su conexión con la autobiografía se acentúa progresivamente. Resta pues observar la narración de Galán desde el ángulo de lo que para nuestros días constituye un género por derecho propio, aunque no lo fuera en el momento de su composición, es decir, la autobiografía. Esta es, según la definición de Lejeune «Un récit rétrospectif en prose qu'une personne réelle fait de sa propre existence, lorsqu'elle met l'accent sur sa vie individuelle, en particulier sur l'histoire de sa propre personnalité».[25] Pensando en la autobiografía moderna posterior a Rousseau y sus *Confesiones,* Lejeune requiere la presencia de un texto publicado, para que pueda ejercerse de manera plena el pacto entre el autor y el lector y la identidad del primero pueda sin duda establecerse como legítima prueba de que el «yo» que narra es el mismo individuo real que aparece en las referencias editoriales como el autor. Además es indispensable que el énfasis se coloque sobre la historia de la personalidad, no sólo en la reseña de los propios hechos.

Hay que establecer inicialmente que esto no se cumple de manera completa en el caso de Diego Galán. Aunque pre-

---

24 Ver su obra antes citada, p. 162.

25 Philippe Lejeune, «Le pact autobiographique» *Poétique,* 14 (1973), p. 138. Este trabajo capital se reimprimió en el libro del mismo nombre publicado en París por Ed. du Seuil en 1975.

parada para la imprenta, esta no es una obra publicada, o al menos no se publicó durante la vida del autor de cuya misma existencia real no tenemos otra prueba que el texto de su *Relación*. La historia no enfoca de manera predominante la evolución de la personalidad de un hombre, sino más bien la extensión de sus hechos. Sin embargo creemos que los textos anteriores a la existencia de normas explícitas que de alguna manera puedan pesar en la conciencia narrativa del autor deben considerarse como jalones que preparan en un determinado país o cultura la aparición del género, que al fin y al cabo no es más que un concepto abstracto derivado de la comunidad de rasgos entre muchas obras concretas. El mismo Lejeune reconoce la necesidad de salvedades al considerar los problemas de la autobiografía y la historia literaria.[26] Galán se adapta sólo en parte al modelo señalado por Lejeune: el nombre propio aparece en el título general de la obra y en el texto, cuando un interlocutor lo llama o lo menciona, y finalmente se indica el apellido de su padre. Reitera varias veces que su historia es verdadera, de manera que el pacto autobiográfico entre autor y lector se formaliza explícitamente. Y en forma limitada, pero eficiente, Galán habla de sí mismo y de su modo de ser.

De su aspecto físico no nos dice gran cosa, aunque afirma que en Argel, luego de su venta como esclavo, Heder Bajá que como tal tenía derecho a quedarse con los mejores cautivos, lo retiene a su servicio. Más adelante informa que su puesto en la galera era el de espalder, (esto es, ocupa junto con otros remeros el último banco de popa) un sitio privilegiado que normalmente se adjudica a «...los guzmanes y más fuertes cautivos» (85).[27] Lo anterior parece indicar prestancia física y fuerza.

---

[26] Ver el capítulo «Autobiographie et histoire littéraire», p. 311-341, en el ya citado libro *Le pact autobiographique*.

[27] Según el Diccionario de la Academia, «guzmán» significa «Noble que servía en la armada real y en el ejército de España con plaza de soldado, pero con distinción».

Galán es más explícito con respecto a sus cualidades morales. Nos dice en efecto infinidad de veces, que nació «...con inclinación de ver mundo y cosas nuevas cada día (principio de mi desdicha)» (28). La curiosidad es el origen de todas sus aventuras, la fuente además del texto mismo que está escribiendo. El autor presupone el mismo acicate de la curiosidad en el lector, y por ello se decide a poner por escrito lo que ya tantas veces ha contado de manera oral, particularmente a partir de su huida y regreso a tierras cristianas. Incluso hay momentos durante el cautiverio en los que parece alegrarse de su situación ya que ésta le permite conocer mundo. Cuando interviene en la campaña de Valaquia, pese a su trabajo normal de remero en la galera, debe continuar con su habitual labor de lavandero y por lo tanto:

> «...tenía menos descanso que los demás, porque aunque llegase a un puerto hecho pedazos de continuo remar, mientras los demás cautivos descansaban del cuotidiano trabajo (que no es pequeño) iba yo á lavar la ropa, y con el graso del jabón se me ablandaban los callos, y luego en volviendo a remar se me renovaban y hacían de nuevo, con que sentía inmensos dolores y trabajos cada día, y todo se me olvidaba en viendo cosas nuevas, dando por bien pasadas tantas incomodidades, por la consecución de mis deseos y propia voluntad...» (142).

Sus problemas se alivian con el descubrimiento de un mundo nuevo que lo fascina. Sólo cuando ya ha viajado bastante por Italia, deja de sentir curiosidad y comprende que es hora de volver a su tierra:

> «...viendo la ocasión a la mano determiné en mi pensamiento partir en aquella nao para mi amada patria, y no andarme vagando por extensas provincias y reinos de mí no visitados en todo el discurso de mi vida» (413).

Galán es por lo tanto consciente y explícito con respecto al rasgo fundamental de su carácter, origen de su tarea de escritor.

Junto con la curiosidad, otro importante aspecto de su

personalidad es el espíritu religioso, casi siempre en estrecha relación con el patriotismo, algo perfectamente coherente dentro de las circunstancias en las que se halla. Para Galán, la religión permite la continua conciencia de su unicidad cuando se encuentra en el mundo islámico, conciencia que naturalmente le permite vivir la posición de observador-crítico, y lo distancia del mundo que describe. Muchas de las interpolaciones discursivas secundarias que hemos señalado anteriormente, son reflexiones del «yo» en el presente de la escritura, que observa no sólo sus estados de ánimo en el momento de los hechos, sino el estado de su alma en relación con Dios. La aventura se ve «sub specie aeternitatis» como la prueba, o la oportunidad de alcanzar el premio eterno. Es sólo en este sentido que observamos aquí la presencia al menos parcial del requisito pedido por el modelo de Lejeune: la evolución de la interioridad se observa como el progreso del adolescente curioso hacia el hombre maduro que al narrar los propios hechos los observa como jalones de un destino hacia la eternidad. A medida que la historia se acerca al presente de la escritura, la narración de acontecimientos se enriquece con reflexiones personales de índole religiosa o moral. Pero el fin de entretener y edificar al lector es fundamental: cuando Galán señala alguna característica personal, lo normal es universalizar inmediatamente el rasgo mencionado por medio de una breve reflexión sobre el mismo.[28]

Aunque no es su principal propósito, el autor da cuenta de sus movimientos anímicos con perfecta claridad. Recuerda y describe la ansiedad causada por la oportunidad que le ofrecen los captores de renegar de su fe al comienzo de su

---

[28] Por ejemplo, cuando alguien le favorece, se muestra agradecido y comenta:

«...urbanidad que recompensé con razones humildes y corteses, que para vivir en este valle de infortunios y navegar este piélago inmenso del mundo con bonanza, es aguja y guía para no irse a pique la cortesía, virtud que tan poco cuesta y con que se emprenden imposibles» (419).

cautiverio, lo cual le hubiera permitido vivir libre y sin excesivos problemas entre los musulmanes:

> «Combatieron mi navecilla muchos cierzos por largo tiempo, poniéndome por delante, á una parte los trabajos, penalidades é infortunios que había de padecer si no renegaba, y por otra las felicidades, descansos y contentos que tendría y de que gozaría dejando la fe de Dios, cosa que por ningún humano bien yo desamparara; y por otra libertad, cosa que más aprieta el corazón de un cautivo, porque es de modo la congoja que si faltase esperanza, dudo poder conservar la vida, y por esta parte me combatía más que por falta de fe, persuadiéndome que si renegase, otro día, con la libertad que gozan los renegados cuando llegan á robar á tierra de cristianos, con facilidad se pueden quedar en ella, y pedir misericordia a los señores inquisidores, como algunos lo han hecho...» (14-15).

Observamos así como Galán estudia y describe los movimientos de la propia interioridad sobre todo en este caso crucial, en el cual el bienestar físico se enfrenta con la salvación eterna. Notamos también su conciencia del paso del tiempo que acarrea la inversión de la fortuna, lo cual sirve de base para agradecer los beneficios concedidos por Dios.[29]

Como documento autobiográfico, la narración de Galán confirma lo que se ha ido viendo con respecto a otras obras de este género escritas en la misma época: si bien la narración de la propia vida es la finalidad última del escrito, la selección del material incluido no privilegia el movimiento interior o la historia de la propia personalidad, sino la acción

---

[29] Al embarcarse por fin hacia su tierra, señala su agradecimiento a Dios:

«...pues me vía embarcado en una nave tan gruesa, con cuarenta piezas de bronce, buena gente de guerra, y lo que más era, entre mis amigos, honrado en la cabecera de mesa, y acordándome de cuán poco había que estaba amarrado a un remo comiendo bizcocho mohoso, y bebiendo agua dañada, tan imposibilitado de salir de esclavitud; y en el presente de verme estimado de todos y querido, fue tanto el gusto que recibí que con pensar en lo presente olvidé lo pretérito, que es propia condición nuestra en viéndonos en la prosperidad no acordarnos del bajo estado en que poco antes nos vimos» (417).

y el hecho externo. El hombre no vale por lo que piensa sino por lo que hace, y el escritor asume que el lector quiere conocer hechos curiosos o aventuras, no sus vaivenes anímicos.[30] Habrá de pasar aún mucho tiempo antes de que la curiosidad del público cambie de dirección y se desplace hacia la aventura interior, desligada de lo religioso.

La historia de Diego Galán se encuentra así en un cruce de caminos en la historia de la narrativa del Siglo de Oro: fuertemente influída por el texto de Alemán aspira a moralizar, y al mismo tiempo la experiencia vivida en regiones exóticas le impele a dar cuenta de ese mundo extraordinario en el cual ha vivido. Siendo además la reseña de hechos reales, el aspecto histórico es fundamental: sin esas referencias, el lector se sentiría menos inclinado a creer en los hechos expuestos. Y naturalmente, por tratarse de la narración de una vida, o al menos parte de ella, desde un aquí y ahora distante de los hechos, permite al autor reflexionar y reconstruir la progresión de la propia existencia, vista como un conjunto de aventuras terrenas que tienen como meta la eternidad, a la cual ya parece sentirse cercano. Lo autobiográfico se somete pues a los dictámenes de la trayectoria religioso-vital del individuo, y aunque no se analice el propio yo con todo detalle, se adivinan sus rasgos esenciales sin dificultad. La curiosidad es el elemento fundamental de su carácter, y a la vez origen del acto de escribir para satisfacer precisamente la curiosidad ajena. Galán sabe quién es y cómo ha llegado a serlo, y ese es el punto de vista que adopta el hombre que decide escribir la propia autobiografía. La obra de Galán documenta una densa concentración intertextual: es un libro de viajes, sigue los lineamientos formales de la novela picaresca, incluso la interpolación de historias secundarias, pero con la radical diferencia de que la identidad autor/narrador/personaje nos obliga a considerarla como una autobiografía en la cual los

---

[30] Véase mi libro *Autobiografías del Siglo de Oro* (Madrid: SGEL, 1984) donde se estudia este problema con referencia a Jerónimo de Pasamonte, Alonso de Contreras, Miguel de Castro y Cervantes.

hechos narrados son (o aparentan ser) reales, y al mismo tiempo guarda relación directa con el discurso histórico. La novela moderna surge precisamente de esta compleja red de préstamos recíprocos entre discursos diferentes que van adquiriendo autonomía y reglas propias cada vez más precisas.

MARGARITA LEVISI
The Ohio State University